

[EDITORIAL]

Bogotá 14 de noviembre de 1871:

Nuestros partidos políticos, de algunos años a esta parte, han sufrido alteraciones muy notables así en el personal de que se componen como en los programas que publican, y aun parece que en medio de la paz y por la libre evolución de las ideas y de intereses pacíficos los elementos constitutivos de esos partidos, cada día más libres de trabas impuestas por compromisos accidentales, se mueven, buscándose los homogéneos y repulsándose los antagónicos, y tendiendo todos de esta suerte a producir nuevas clasificaciones más exactas, más justas, más adecuadas a la naturaleza misma de las ideas y de las cosas.

Señalemos algunas de las causas que influyen en esta descomposición y reorganización de partidos.

En primer lugar la difusión de las luces y la propagación de la instrucción pública induce a los hombres a averiguar la razón de su anexión a tal o cual comunidad política, y de aquí nacen en mucha parte los cambios lentos que se han efectuado en el personal de las nuestras. Muchos individuos de familias liberales han venido comprendiendo que el partido liberal de nuestra patria es, esencialmente hablando, una ramificación del partido liberal de Europa; estudiando sus principios han sentido que sus tendencias son decididamente irreligiosas, y originándose de aquí, en ellos: una interior lucha entre sus aficiones hereditarias al liberalismo y su adhesión al catolicismo, el resultado es que muchos han optado por el segundo, habiendo de renunciar,

por lo mismo, a figurar en un partido a que realmente no pertenecen. En cambio, otros, adversarios también por tradición o por compromiso a los principios liberales, han venido convenciéndose de que los principios conservadores, restrictivos, autoritativos, o como quiera llamárseles, no tienen razón de ser ni motivos para una adhesión racional, mientras no se acrediten subordinándose a principios más altos, a principios religiosos, —y en esto ven las cosas con perfecta claridad—; mas no teniendo, por otra parte, fe viva en principio alguno religioso, acaban por ser tibios en el servicio de su causa cuando pasiones del momento dejan de comunicarles un calor artificial, y de tibios se hacen indiferentes, o francamente se pasan al campo de las doctrinas liberales.

Han contribuído singularmente a precipitar convicciones y desengaños los ejemplos y lecciones de la política en Europa. En los últimos tiempos no ha habido peripecia política alguna que por algún término no se refiera a Roma. Todo movimiento religioso se ha hecho sentir en el orden político, y toda cuestión política de alguna importancia ha resonado en el orden religioso. La ruina de la dinastía borbónica en España ¹ y de la napoleónica en Francia; la elevación de don Amadeo ² al trono de aquella nación

¹ [La revolución de 1868 por el general Juan Prim (1814-1870) y por el almirante Juan B. Topete (1821-1885) acabó con el reinado de Isabel II: El gobierno provisional establecido entonces y presidido por el general Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre (1810-1885), ofreció la corona en 1871 a Amadeo de Saboya].

² [Amadeo de Saboya, duque de Aosta, 1845-1890, segundo hijo del rey Víctor Manuel II, elegido por las Cortes de 1870 rey de España, abdicó en 1873 vencido por las dificultades internas y cedió el lugar a una república, indisciplinada y desastrosa, que apenas si duró unos meses. En 1874 el general Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque (1827-1895) disolvió por las armas las Cortes republicanas, mientras el general Arsenio Martínez Campos (1831-1900) proclamaba a Alfonso XII rey de España].

y las actuales diversas pretensiones al de esta otra: ¿quién ignora la significación religiosa que envuelven todos estos acontecimientos políticos? Después, la declaración de la infalibilidad del Papa ³: ¿quién no sabe la resonancia que esta declaración ha tenido en el orden político en toda Europa y particularmente en Alemania?

Y es que, entre otros motivos, el Papa ha condenado en el *Syllabus* ⁴ errores políticos al lado de errores filosóficos; —porque la política y la filosofía son ciencias afines de la moral y afectan por lo mismo a los principios religiosos; y así hay una política católica como hay una filosofía católica—; y si el Papa es infalible como lo ha declarado un Concilio infalible, sus palabras *ex cathedra* son enseñanzas de verdad, y ya no es posible profesar lo que el Papa condena sin negar en hecho la infalibilidad del Papa y del Concilio y sin, abdicar por lo mismo el dictado de católico. Entre el dogma católico de la infalibilidad de la Iglesia y los modernos supuestos dogmas fraguados por el liberalismo, ha sido forzoso optar, y en realidad muchos han optado por una de las dos banderas.

En segundo lugar, la prolongación dinástica del partido liberal en el poder, el reinado de diez años que lleva el partido liberal, ha influído en distintos sentidos en la constitución de los partidos políticos. Las almas independientes y justas; en vista de los inauditos actos de injusticia efectuados por ese partido, y de las escandalosas contradicciones en que incurre a cada paso — contradicciones que demuestran que no tiene más principios, que sus intereses—,

³ [La infalibilidad pontificia fue proclamada— en el Concilio Vaticano I, sesión IV (18 de julio de 1870), *Constitutio dogmatica I de Ecclesia Christi*, cap. 4. (HENRICI DENZINGER, *Enchiridion symbolorum. definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, 1832-1840)].

⁴ [El *Syllabus seu collectio errorum modernorum* fue editado, junto con la bula *Quanta cura*, el 8 de diciembre de 1864 (*Idem*, 1700-1780)].

sienten un instintivo movimiento de repulsión que naturalmente las ha colocado entre el partido opositor. Estas pérdidas se compensan ventajosamente en cuanto al número con conquistas de otro orden, porque el poder posee mil medios de corromper. Apoderado de los establecimientos dotados para educar la juventud, los ha puesto injustamente al servicio de sus ideas, y las cátedras de filosofía y política son servidas por hombres directamente interesados en la inoculación de esas falsas ideas; y cómo incautos padres de familia envían ahí a sus hijos por aprovecharse de las ventajas de una educación gratuita, el resultado es que los más de éstos salen de ahí con ideas liberalescas, en contradicción con las sanas tradiciones de sus familias. Otros, y no pocos por fortuna, en quienes precozmente se despierta el instinto de la propia conservación moral, junto con un elevado sentimiento de dignidad, tratan de adquirir una instrucción acomodada al principio católico a que, por tradición y por gracia, se sienten fuertemente atraídos, y prometen ya con intenciones tan sanas y enérgicas, días de ventura para la patria en cuyos destinos no muy tarde habrán de intervenir poderosamente.

Sucede también en virtud de la misma perpetuación de la dinastía liberal, que los escritores católicos por combatir, como no pueden menos de hacerlo, los abusos de un poder particular, se dejan llevar sin sentirlo a doctrinas abiertamente contrarias a los derechos del poder en general, y por lo mismo abiertamente anticatólicas: a la aceptación de la absoluta libertad de cultos, de imprenta, de industria y demás libertades que, católicamente hablando, no pueden aceptarse sin justas limitaciones. De parte de gobiernos liberales que ninguna creencia, ningún principio exclusivo profesan, debemos reclamar, es cierto, con toda energía, como indicábamos en nuestro anterior número, el uso de facultades que doblemente nos corresponden, es decir, por derecho

natural y por el simulacro de derecho legal inventado por nuestros mismos adversarios; pero en esta reclamación, debemos también distinguir lo que absolutamente aceptamos, esto es, el derecho para hacer el bien, de lo que *hipotéticamente* y como argumento *ad hominem* alegamos, esto es, el derecho que promiscuamente se supone tienen todos así para el bien como para el mal. Empero, en la reclamación que hacemos de nuestros derechos solemos olvidar esta importante distinción: de dónde nace que quien lea en el extranjero algunos artículos de nuestros escritores conservadores habrá de juzgarlos liberales exagerados, y estos mismos escritores, como sus adeptos, a causa de esta indiscreción, a causa de no referir siempre sus intereses a sus principios, son como patinadores que están a cada momento expuestos a verse hundidos en el hielo que conculcan. ¡Líbrenos Dios de la exageración de las pasiones y de las imprudencias de una situación anormal!

En tercer lugar, la implantación del sistema federativo ha introducido, por distintos motivos, modificaciones notables en nuestros antiguos partidos políticos. Porque, por una parte, descentralizado el poder público, los intereses se han igualmente localizado, y como muchos de los antiguos adictos a tal o cual comunión política lo eran menos en virtud de principios que de particulares intereses, nuevas combinaciones locales de intereses han producido nuevos fraccionamientos, locales también, de partidos. Nótese muy sensiblemente este influjo de la federación en las manifestaciones de la *liga*, pues en unos Estados fue aceptada y en otros rechazada enérgicamente por los miembros del antiguo partido conservador.

Por otra parte, la federación que por un momento pudo ser lema del liberalismo ha dejado de serlo, en el mundo a virtud de un examen más atento de los hechos, y en nuestro país a virtud de ese mismo examen y de especiales circuns-

tancias. Confundióse por muchos la noción de un gobierno fuerte y sano con la de la centralización del poder; hoy todos distinguen esas dos cosas, tanto que aun los católicos absolutistas no sólo aceptan en Europa la descentralización sino que son los más fervorosos enemigos del cesarismo avasallador. Véanse, si no, las proclamas de Carlos VII⁵ y Enrique V⁶ en que tanto se ensalzan los viejos fueros municipales; púlsese la mala voluntad de los católicos rancios para con Napoleón III⁷ y Víctor Manuel⁸. Hoy día, pues, absolutismo y cesarismo, gobiernos fuertes y gobiernos centrales son dos cosas entre sí enteramente distintas; y esta distinción ha venido a ser entre nosotros todavía más notable desde que el Estado más católico y el gobierno más fuerte de la nación, el Estado y gobierno de Antioquia, son los más interesados en la descentralización, y los que más sensiblemente se han opuesto a las tentativas centralizadoras, en el ramo más delicado, el de la instrucción pública, ensayadas por el actual gobierno liberal de la Unión colombiana.

Es más: en esta cuestión de federación lo mismo que en la cuestión de libertad, pálpase cada día más la carencia de un carácter absoluto en ellas y su natural referencia a principios más altos. La tendencia al movimiento nos hace amar la libertad, pero si, bien se reflexiona, la libertad de

⁶ [Carlos VII de España, sobrino del conde de Montemolín (Carlos VI), sostuvo con las armas sus pretensiones al trono de 1872 a 1876, cuando el ejército liberal, vencedor, puso fin a la lucha, Murió en 1909].

⁷ [Enrique V, nombre dado a Enrique Carlos Dieudonné, conde de Chambord (1820-1883), hijo del duque de Berry y nieto del rey Carlos X, fue pretendiente al trono francés].

⁸ [Napoleón III, 1808-1873, emperador de Francia, sobrino de Napoleón I].

⁹ [Víctor Manuel II, 1820-1878, hijo de Carlos Alberto, de la casa de Saboya-Carignan, rey de Cerdeña primero y de Italia después].

movernos en un sentido supone la dificultad o no libertad de movernos en otro: la libertad de *progresar*, por ejemplo, no va siempre de acuerdo con la libertad de *ascender*; así que la cuestión no es saber cómo podemos ser libres en todos sentidos, lo cual es imposible, sino en qué sentido conviene que lo seamos. Por esto al condenar la Iglesia católica ciertas libertades aumenta el ejercicio de las contrarias: al censurar el abuso de la libertad fomenta los buenos usos que de ella pueden hacerse. De la propia suerte, el que centraliza el poder en el sentido, por ejemplo, de la irreligión, lo descentraliza respecto de la religión misma. Si todos los gobiernos centrales fueran esencialmente católicos, si pudiera realizarse el bello ideal del conde de Maistre⁹ y de otros insignes publicistas que consideran al Papa,

⁹ [“La barbarie et des guerres interminables ayant effacé tous les principes, réduit la souveraineté d’Europe à un certain état de fluctuation qu’on n’a jamais vu, et créé des déserts de toutes parts, il était avantageux qu’une puissance supérieure eut une certaine influence sur cette souveraineté; or, comme les Papes étaient supérieurs par la sagesse et par la science, et qu’ils commandaient d’ailleurs à toute la science qui existait dans ce temps-là, la force des choses les investit, d’elle-même et sans contradiction, de cette supériorité dont on ne pouvait se passer alors. Le principe très vrai *que la souveraineté vient de Dieu* renforcait d’ailleurs ces idées, antiques, et il se forma enfin une opinion à peu près universelle, qui attribuait aux Papes une certaine compétence sur les questions de souveraineté. Cette idée était très sage, et valait mieux que tous nos sophismes. Les Papes ne se mêlaient nullement de gêner les princes sages dans l’exercice de leurs fonctions, encore moins de troubler l’ordre des successions souveraines, tant que les choses allaient suivant les règles ordinaires et connues; c’est lorsqu’il y avait grand abus, grand crime, ou grand doute, que le Souverain Pontifice interposait son autorité [...] . Je me résume. Nulle souveraineté n’est illimitée dans toute la force du terme, et même nulle souveraineté ne peut l’être: toujours et partout elle a été restreinte de quelque manière. La plus naturelle et la moins dangereuse, chez des nations surtout netives et féroces, c’était sans doute une intervention quelconque de la puissance spirituelle. L’hypothèse de toutes les souverainetés chrétiennes réunies par la fraternité religieuse en une surte de république universelle, sous la suprématie mesurée du pouvoir spirituel suprême; cette hypothèse, dis-je,

Vicario de Cristo, como regulador de las peligrosas tendencias de los príncipes, entonces la institución de gobiernos centrales satisfaría hasta donde cabe la necesidad que por doquiera siente el linaje humano de marchar a la unidad, verdadera madre de la fraternidad y de la caridad. Pero como en los tiempos modernos los gobiernos personales se han inclinado constantemente, por orgullo y por rebeldía, a la apostasía y a la pluralidad de creencias; como de ahí nace la constante anarquía entre las naciones —anarquía opuesta a la posible confederación de los pueblos en un solo rebaño bajo la autoridad de un solo pastor— forzoso se hace buscar la unidad por medios aparentemente opuestos, por la descentralización misma del poder social, que sin alterar la esencia del gobierno, reparte sus funciones en manos del municipio, de la familia y de otras entidades que aún no se han hecho de la apostasía un deber, como los grandes centros políticos. En este sentido los amigos del orden aceptamos como medio de recomposición la misma forma federal que otros proclamaron por espíritu revolucionario y por ambición personal.

Otra causa moral, no privativa nuestra, sino de la época y del mundo, se ha dejado sentir en la transformación de

n'avait rien des choquant, et pouvait même se présenter à la raison, comme supérieure à l'institution des Amphictyons. Je ne vois pas que les temps modernes aient imaginé rien de meilleur, ni même d'aussi bon. Qui sait ce qui serait arrivé si la théocratie, la politique et la science avaient pu se mettre tranquillement en équilibre, comme arrive toujours lorsque les éléments sont abandonnés à eux-mêmes, et laisse faire le temps? Les plus affreuses calamités, les guerres de religion, la révolution française, etc., n'eussent pas été possibles dans cet ordre de choses; et telle encore que la puissance pontificale a pu se déployer, et malgré l'épouvantable alliage des erreurs, des vices et des passions qui ont désolé l'humanité à des époques déplorables, elle n'en a pas moins rendu les services les plus signalés à l'humanité". *Du Pape*, par M. LE COMTE J. DE MAISTRE, chapitre X, Lyon, Pélagaud, Lesne et Crozet, Libraires, 1836, tome second, págs. 24-38].

nuestros partidos; y es la difusión del escepticismo; la falta de fe en todo, en los hombres y en las cosas. Este mal hace estragos, indudablemente, en el campo católico, pero muy mayores los hace en las demás comuniones. Hay hombres que no creen en la eficacia de los principios religiosos, pero muchos más son, y en proporción van más creciente, los que desconfían de los sistemas humanos. De aquí nace que ya no va habiendo más fe política sino la que depende de la fe religiosa: los partidos políticos que absolutamente prescindan de toda idea religiosa son compañías industriales más que otra cosa, y sus miembros se ríen de los mismos pseudo-principios que proclaman, como se ríe el mercader de los encomios con que trata de acreditar los productos que vende. Irritados con estas falsías, los pueblos desengañados empiezan a rebelarse; pero confundiendo en su ciego furor, al engañador con el maestro, amenazan con una misma tea incendiaria a los políticos que los explotan y a los sacerdotes que los salvan. Entre tanto el partido católico de todos los países se depura cada vez más y absorbe exclusivamente en su seno la fe que por dondequiera parece extinguirse; y tiende a ser, por lo mismo, el único partido verdaderamente culto en cuanto tiende a ser el único verdaderamente *creyente*; al paso que los demás partidos pasando de la duda a la negación y de la negación al materialismo, subordinando tanto más su conducta a sus intereses cuanto más la sustraen a ideas que van perdiendo y que ya no profesan, van asimilándose más y más a bandos salvajes, van retrocediendo más y más a la barbarie.

Por eso en todas partes toma hoy el partido católico una posición tan digna, tan noble, tan pura, tan independiente. Entre nosotros este mismo partido, desligándose de molestas ataduras, se determina cada día más y aspira a tener una representación tan distinguida como la tiene en otras naciones. Hoy día la palabra católico no implica

adhesión a tal o cual partido anterior: los católicos, por el mero hecho de serlo, formamos un solo partido: nuestra religión, esencialmente hablando, dice un ilustre publicista, es tan antigua como el mundo; por consiguiente nuestras convicciones católicas son anteriores a nuestras opiniones políticas, y formamos éstas por aquéllas, no aquéllas por éstas. Queremos, que la política sea un instrumento de la religión, no la religión un instrumento de la política. Queremos catolizar el Estado como el Estado pretende liberalizar a la Iglesia. Tal es la cuestión: los partidos se determinan cada día más y tienden a reducir todos los problemas sociales, bajo una nueva forma y con nueva claridad, al dilema ya ha siglos planteado entre el cristianismo y el paganismo, entre la verdad y el error, entre el bien y el mal.

Seguiremos hablando en números posteriores, del carácter y los derechos del partido católico o tradicionalista en Colombia ¹⁰, y de las reclamaciones que tiene pendientes ante la opinión pública.

El Tradicionista, Bogotá, 14 de noviembre de 1871, año I, trim. 1º, núm. 2, pág. 12.

¹⁰ [Se refiere Caro al artículo “Él partido católico”, publicado en *El Tradicionista* del 21 de noviembre de 1871, artículo que se divide en tres partes: I. El partido católico en el mundo; II. El partido católico en Colombia; y III. Programa católico de *El Tradicionista*. Puede leerse en CARO, *Obras*, ed. del Instituto Caro y Cuervo, t. I, págs. 751-760. Ver además *El centenario de “El Tradicionista”*, ya citado, págs. 12-13].